

orden á él desconocido, y se exigiesen absolutamente de él las mas sublimes contemplaciones. A lo menos lo sublime se debe creer que no es de rigoroso mandato: y aun tambien me imaginó que la mayor parte de los hombres no tienen una obligación rigorosa de que todas sus facultades se penetren de la divina esencia del Autor del universo. Sería necesario explicarles antes lo que esto significa, y no sería fácil el hacérselo entender.

Después de tantos escritores como han hablado de la Religion natural, aun ignoramos á que nos debemos atender sobre la naturaleza y necesidad del culto interior que ella recomienda; y la incertidumbre se aumenta cuando se considera que deja una entera libertad de creer los dogmas, de los cuales, segun Rousseau, se debe derivar este culto. Querria que se me dijese, por ejemplo, que motivo pueden tener de practicar un culto sea exterior, ó interior, los que no esperan otra vida, y que culto se puede dar á Dios cuando no se cree en Dios.

Se me responderá que el Ateo está fuera de la Religion natural; muy bien: pero segun los principios de la Religion natural no se puede condenar al Ateo; y si este no está obligado á practicar ningun culto, el culto no es de obligación para todos los hombres: cuando mas será un deber relativo á la creencia, así como la creencia no es mas que un deber relativo á la razón; aunque en dictámen de Rousseau es *razon sin principio, entendimiento sin regla*; mas no por eso deja de ser árbitro soberano del culto y de la fe, así para el docto como para el ignorante, para el mas imbécil de los mortales como para Bossuet y Newton; porque, como añade Rousseau, «en queriendo mitigar este método, y dar el menor ensanche á la autoridad de los hombres, en el instante se lo abandonais todo¹.»

En tercer lugar, no permitiendo los principios de la Religion natural determinar la creencia de ningun dogma, ni por consiguiente exigir la práctica de culto alguno, se sigue que toda ella se reduce á las obligaciones de la moral; y así es que Juan Jacobo nos asegura que solo estas son esenciales². Tampoco Voltaire las da mas exten-

¹ *Émile*, t. III, p. 175. — ² *Ibid.* p. 196.

sion, *Sed justo, dice, y esto basta; lo demás es arbitrario.* Este *demás* es simplemente el culto; la doctrina, la inmortalidad del alma, los premios y penas de la otra vida, la existencia de Dios; y nada mas.

Pues que los dogmas son *arbitrarios*, y solo los deberes de la moral son *esenciales*, es indispensable que estos subsistan independientemente de los dogmas: esta consecuencia es en todo rigor necesaria. Y por eso sin duda Bolingbrocke se irrita y declama contra los que «piensan que sin Dios no puede haber ley natural, á lo menos obligatoria¹;» proposicion en efecto evidentemente contradictoria á sus principios, como á los de Voltaire y Rousseau.

Ahora bien, si se quiere saber que cosa es la *ley natural* para los ateos, se podrá tomar alguna nocion leyendo este pasaje de Voltaire: «Yo no quisiera, dice, verme empeñado en ningun lance de honor con un Príncipe ateo, que hallase su interés en hacerme majar en un mortero; porque estoy seguro que lo haria: ni si fuera Rey querria tampoco empeñarme en nada, ni fiarme de cortesanos ateistas, que hallasen conveniencia en emponzoñarme, porque á cada paso tendria que estar tomando contravenenos. Es pues absolutamente necesario á los Príncipes y á los Pueblos que la idea de un Ser Supremo, criador, gobernador, vengador, remunerador, esté profundamente grabada en los corazones².» Si, en verdad lo es: mas ¿cómo lo que un momento ha *era solo arbitrario*, es ya *absolutamente necesario*? Qué ¿la verdad se muda, ó varía segun las movibles é inconstantes conveniencias de la filosofía, y la necesidad de sus sistemas? Pero abramos el *Emilio*, y veamos si Rousseau es mas consecuente.

Después de haber pintado la influencia que debe tener en su discípulo la doctrina, nueva para él, de la existencia de Dios, y de una vida futura, «Salid de ahí, dice, y yo no veo mas que injusticia, hipocresía, y mentira entre los hombres; el interés particular, que triunfa

¹ *Bolingbrocke's Works*, vol. 4, p. 284.

² *Œuvres de Voltaire*, t. XXVIII, p. 12, edit. en 8º, artículo *Athéisme du Dictionnaire philosophique*.

» necesariamente de todas las cosas, enseña á cada uno
 » de ellos á cubrir y disfrazar el vicio con la máscara de
 » la virtud. Que todos los otros hombres se desvelen
 » por mí y por mi utilidad, y me hagan bien aunque sea
 » á costa suya; que todo se refiera á mí solo, que él gé-
 » nero humano perezca y muera de miseria y de penali-
 » dad, si esto es necesario, para que yo no sufra un
 » momento la hambre, y el dolor; hé aquí el lenguaje
 » interior de todo incrédulo que raciocina. Sí, lo sosten-
 » dré toda mi vida. El que ha dicho en su corazón, no
 » hay Dios, y se expresa de otro modo, ó es un embus-
 » tero, ó un insensato ¹. »

La imposibilidad de imponer á todos los hombres la obligación de creer dogma alguno, aunque sea la existencia de Dios, ha precisado á Rousseau á sostener que las únicas obligaciones esenciales al hombre son las de la moral; y la imposibilidad no menos completa de hallar en el Ateísmo un fundamento para las obligaciones morales, le ha forzado á confesar que *sin la fe no hay verdadera virtud, y que hay dogmas que todo hombre está obligado á creer*. ¿Qué pensaremos de un sistema del cual salen inevitablemente tantas y tan groseras contradicciones?

Pero aun supuesta la existencia de Dios, ¿por qué medios, y conforme á qué reglas descubriremos con certidumbre los deberes y obligaciones esenciales de que habla Rousseau? No estando nadie dispensado de practicarlas, tampoco debe haber persona alguna á quien no sea fácil conocerlas; y como con respecto á la salvación, Juan Jacobo dice de la moral lo mismo que el cristiano dice de la Religión, las mismas consecuencias que él deduce de la doctrina del cristianismo con respecto á la fe, podemos nosotros deducir de la suya con respecto á las obligaciones. « Es necesario pues que la verdadera moral » tenga caracteres que sean propios de todos los tiempos » y de todos los lugares, igualmente sensibles á todos los » hombres, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, » Europeos, Indios, Africanos y Salvajes. Si se diese en » el mundo una moral que solo prescribiese la pena

1 *Emile*, t. III, p. 206.

» eterna ¹, y hubiese en cualquiera punto de él un solo » mortal que de buena fe no estuviese convencido de su » evidencia, Dios ² seria el tirano mas inicuo y mas » cruel ³. »

Todos los deístas convienen en esto; y en efecto seria un absurdo no admitir la revelacion bajo el pretexto de que encierra obscuridades, si no se hiciese mas que substituirle obscuridades de otro género. Bolingbroke lo conoció bien, y así sostiene que la *ley natural*, la cual dice no es mas que la *ley de la razon* ⁴ « igualmente inteligible en todos tiempos y en todos los lugares, y proporcionada á los mas débiles entendimientos ⁵; tiene » toda la claridad y precision que puede dar Dios, y el » hombre desear ⁶. »

Tal es la ley en sí misma: no se trata mas que de saber donde está, y por qué medios llega el hombre á conocerla. Escuchemos á Rousseau.

« Todo lo que yo siento ⁷ que es bueno, es bueno, y » todo lo que siento ser malo, es malo; el mejor de todos » los casuistas es la conciencia, y solo cuando se regatea » con ella es cuando se recurre á las sutilezas del racio- » cinió... ⁸. La razon nos engaña muchas veces, y tene- » mos adquirido demasiado derecho para recusarla ⁹; » pero la conciencia no engaña nunca; esta es la verda- » dera guia del hombre; es para el alma lo que el instinto » para el cuerpo; quien la sigue, obedece á la natura-

1 Rousseau deja en duda la eternidad de las penas; pero aun cuando la negase formalmente, basta que admita castigos en la otra vida, para que nuestro raciocinio conserve toda su fuerza.

2 Rousseau dice: *El Dios de esta Religión*.

3 *Émile*, t. III, p. 139.— 4 *Bolingbroke's Works*, vol. V, p. 83.

5 *Ibid.* p. 94.— 6 *Ibid.* p. 26.

7 Aunque la voz francesa *sens*, dice aquí con razon el P. Laso, puede traducirse *conozco*, la he dejado en el significado vago que la da su autor; pues el conocimiento en rigor pertenece al juicio, y aquí pretende huir de él.

8 *Emile*, t. III, p. 97.

9 Hé aquí como habla Rousseau un poco despues de *este sobrado derecho que hemos adquirido*: « Decirme que mi razon me engaña, ¿no es refutar cuanto ella me ha dicho por vuestro medio? » El que quiere recusar la razon, debe convencer sin servirse de ella. » *Emile*, t. III, p. 153, 154.

» leza, y no teme extraviarse... ¹ ¡Conciencia! ¡O conciencia! instinto divino, voz inmortal y celeste; guía segura de un ser ignorante y limitado, pero inteligente y libre; juez infalible del bien y del mal; que haces al hombre semejante á Dios; tú eres la que forma la excelencia de su naturaleza, y la moralidad de sus acciones; sin tí, nada siento en mí que me eleve sobre las bestias, sino el triste privilegio de extraviarme de error en error, por medio de un entendimiento sin regla, y de una razon sin principio ². »

La ley natural pues, segun Rousseau, no es *la ley de la razon*, pues que esta *razon sin principio, que tenemos tanto derecho de recusar, no nos eleva sobre las bestias sino por el triste privilegio de extraviarnos de error en error*. Por lo demás ya hemos visto antes que *las mas grandes ideas que tenemos de la Divinidad nos vienen por sola la razon*, es decir, por aquella noble facultad que, *extraviándonos de error en error, léjos de elevarnos sobre las bestias*, nos deprime y hace inferiores á ellas; porque en verdad, la ignorancia es menos degradante que el error. No deja esto de ser un poco singular; pero pues que en su dictámen es así, pasemos adelante. Buscamos la regla de las obligaciones, y Rousseau nos la muestra en la conciencia, *guía segura de un ser ignorante y limitado, y juez infalible de lo bueno y de lo malo. La razon nos engaña muchas veces, la conciencia nunca; y antes bien es para el alma lo que el instinto para el cuerpo*.

Esta doctrina sentada con tanta seguridad por él, parece hacernos vislumbrar la certeza que deseamos. Por desgracia no hallo entre los partidarios de la Religion natural aquella unanimidad de sentimientos que era de esperar en un punto de tanta importancia. Bolingbroke, por ejemplo, trata de *entusiastas*, y gentes que hacen *ridicula* la Religion natural á los que pretenden que «hay un instinto ó sentido moral; por medio del cual los hombres distinguen lo que es moralmente bueno de lo que es moralmente malo; de manera que de ello resulte una sensacion intelectual agradable ó molesta ³. Esto,

¹ *Emile*, t. III, p. 98. — ² *Ibid.*, p. 114.

³ *Bolingbroke's Works*, vol. V, p. 86.

» añade, puede hasta cierto punto adquirirse por una larga costumbre, y por una especie de devoción filosófica; pero formar de ello una facultad natural, es una ilusión de la fantasía ⁴. »

¿A quién, pues, hemos de creer? ¿á Rousseau ó á Bolingbroke? ¿Qué harán los discípulos cuando están tan discordes los maestros? Lo que uno mira como *un principio innato* ², es para el otro una quimera, *una ilusión de la fantasía*. Si el uno nos dice que la ley natural es *la ley de la razon*, el otro nos asegura que *por sola la razon no se puede establecer ninguna ley natural* ³. Y no olvidemos tampoco que en estas aserciones opuestas se halla; y encuentra *la moral clara, precisa, igualmente inteligible*, segun nos dicen, *en todos tiempos y lugares, y proporcionada á los entendimientos mas rudos*.

Pero no es esto lo mas singular; el mismo Rousseau destruye la seguridad consoladora con que nos lisonjeaba, manifestándonos que la conciencia, *esa guía segura y verdadera del hombre*, no camina sino apoyada en la razon. «Sola la razon nos enseña, dice ⁴, á conocer el bien y el mal. La conciencia que nos hace amar lo uno y aborrecer lo otro, aunque es independiente de la razon, no puede desenvolverse sin ella. » Y poco antes: «Conocer el bien no es amarle: el hombre no tiene tal conocimiento innato; pero en el instante en que su razon se le hace conocer, su conciencia le mueve á amarle; este sentimiento es el innato ⁵. »

El juez único así de las obligaciones como de la fe, es en último resultado la razon: la conciencia viene despues de ella, pues que *sin ella no puede desenvolverse; ama lo que la razon le da á conocer como bien, y aborrece lo que le señala como mal*: en fin, es una esclava pasiva del entendimiento, cuyas funciones se limitan á aplicar á cada idea que él la presenta un sentimiento, cuya naturaleza está determinada de antemano por el juicio de la razon. *Esta sola conoce el bien y el mal*; luego sola ella puede instruirnos en nuestras obligaciones, en lo que Rousseau parece convenir, porque despues de habernos ad-

¹ *Ibid.*, p. 479. — ² *Emile*, t. III, p. 107. — ³ *Ibid.*, t. II, p. 263.

⁴ *Emile*, t. I, p. 112. — ⁵ *Ibid.*, p. 75.

vertido que « los actos de la conciencia no son juicios ¹, » sino sentimientos ², » añade : « toda la moralidad de » nuestras acciones está en el juicio que nos formamos » de ellas ³. » y mas expresamente en otra parte : « El » hombre escoge lo bueno, si lo juzga rectamente ; si el » juicio es falso, elige mal, ó escoge lo malo ⁴. »

Es verdad que en otra parte pone en la conciencia la moralidad de nuestras acciones ; mas es porque entonces tenia necesidad de encontrar allí la regla infalible de las obligaciones y deberes. Por lo demás, esta regla está tan léjos de ser universal y suficiente á todos los hombres, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, que al contrario, por confesion de Rousseau, « es enteramente nula » para el pobre, es decir, para las tres cuartas partes » del género humano. » « La voz interior, dice, no se » hace oír, ni sabe hacerse entender del que no piensa » mas que en buscar como ha de comer ⁵. »

¿Qué podremos pues, ni debemos concluir de aquí, sino que en el sistema de la Religion natural no apoyándose las obligaciones mas que en la razon, que frecuentemente nos engaña, no tienen ellas ninguna regla cierta, y que la moral del deísmo es tan vaga, indecisa, variable, é insubsistente como lo son sus dogmas ? Cada uno se formará, y tendrá la suya, así como cada uno tiene su símbolo, y bastarán algunos de esos sofismas tan familiares á las pasiones, para que la razon engañándose sobre las verdaderas obligaciones, engañe por su parte á la conciencia, adornando al vicio y cubriéndole con la máscara de la virtud. ¿Se quiere una prueba efectiva de ello ? Héla aquí. Bolingbrocke, racionando sobre la ley natural, tan clara, tan precisa á su parecer, llega, no digo hasta justificar la poligamia, la relajacion, el libertinaje, el adulterio, el incesto, etc., sino á ponerlas en ciertos casos, en la clase de las obligaciones ⁶. Si los Romanos, los Griegos, y otros pueblos prohibieron la plu-

1 Así, tenemos que la conciencia no juzga, y sin embargo ella es un juez infalible.

2 *Emile*, t. III, p. 111. — 3 *Ibid.* p. 100. — 4 *Ibid.* p. 75.

5 *Emile*, t. III, p. 11.

6 *Bolingbrocke's Works*, vol. V, p. 163, 172, 176.

ralidad de las mujeres, y estimularon á la monogamia, es, dice en su lenguaje cínico, « porqué contrayendo ta- » les matrimonios, nada, á no ser la falta de ocasion, im- » pedia á los maridos, y lo mismo á las mujeres, satis- » facer libremente sus apetitos, á pesar de los vínculos » sagrados que los unian, y el derecho reciproco de pro- » piedad que la ley concedia á cada uno sobre la persona » del otro ¹. »

Rousseau, aunque tan grande preconizador de la virtud, no es tampoco mas rígido en esta parte que Bolingbrocke. Confiesa, es verdad, que la continencia es un deber, una obligacion moral ; pero añade, que los deberes morales tienen sus modificaciones, y excepciones ² ; y no las deja de hallar para el deber y obligacion de la continencia, fundado en que la debilidad humana hace algunas veces el delito inevitable. Así es que basta ser flaco ó frágil, para tener el derecho de faltar á ella ³ ; y así, no obligando los deberes sino en proporcion de la facilidad que se tiene de cumplirlos, habrá tantas morales diferentes como individuos y personas, y todo le será lícito al malvado envejecido y consumado, para quien el crimen ha venido á ser una necesidad casi invencible. Al estampar esto mi rostro se llena de rubor, los colores encienden mis mejillas, bajo los ojos, y me avergonzaria de ser hombre, si no me acordase que soy cristiano.

No temo ya decirlo ; el deísmo, que se nos representa como la Religion de la naturaleza, y la única Religion esencial al hombre, es la destrucción de toda doctrina, de todo culto, de toda moral ; y diga lo que quiera La Harpe ⁴,

1 *Bolingbrocke's*. p. 167. — 2 *Emile*, t. III, p. 280.

3 Es decir, de pecar : moral bien pura, propia de Rousseau, abandonado al adulterio, y vicios semejantes ; y siendo, como acaba antes de decir, inevitable, seria tambien inevitable el pecar : ¿ cómo se ve aquí el lenguaje de Calvino, así como se dan la mano las costumbres ! Véase la página 124.

4 ¿Qué decoroso es este entonces para La Harpe ! Él nos denota que fué, es verdad, pero que dejó de ser filósofo impío : designa al hombre de talentos y de conocimientos sublimes, cuyos extraviós lloró un dia la Religion ; pero que supo tambien dócil y sumiso venir á enjugar sus lágrimas. Como por desgracia al principiar su carrera en las bellas letras la filosofia del siglo habia empuñado el ce-

entonces filósofo, Condorcet tenia razon para negar que

tro de la opinion, y dominaba imperiosamente, el gozar de su favor, y sus necesidades obligaron á La Harpe á rendirle sus homenajes : trabó amistad con todos los corifeos de la impiedad, y Voltaire le llamaba su hijo querido. Dióse á conocer desde luego por las tragedias del *Warwick* y el *Filoctetes*, que son las mejores de las suyas, y el partido filosófico aplaudió tambien su *Melania*, aunque indecente, por lo mismo que lo era, y que en su arrepentimiento tuvo cuidado de recoger. Los *Elogios de Henrique IV*, *Racine* y *Fenelon* le abrieron las puertas de la academia, en la que fué recibido el 1776. Poco tiempo despues publicó la *Luisiada* de Camoens, con notas y la vida de este : compendió hácia el 1779 la *Historia de los Viajes*, que es la obra traducida entre nosotros con el título de *El Viajero Universal*. Empleóse por el espacio de cuarenta años en enriquecer los Diarios con varios artículos literarios, y en este estado le halló la revolucion francesa : acalorado filósofo, abrazó sus principios con entusiasmo, aplaudió en sus eseritos las nuevas reformas, y cuando la revolucion tomó el carácter espantoso que la distingue, se le vió con el gorro de la libertad incensar á su ídolo, y cantar himnos á la patria. No obstante, no pudo escapar á la persecucion, y el 1794 fué arrojado en las prisiones de Luxembourg. Allí, Dios, este padre amoroso, á quien habia insultado, habló á su corazon, y abriéndole sus brazos recibió su arrepentimiento : la lectura casual de aquellas hermosas palabras de la imitacion de Jesucristo ó del Kempis. *Héme aquí, hijo mio, yo vengo á tí, porque me llamaste ; quia invocasti me* : venció su espíritu, obró su conversion, y desde entonces fué otro hombre : tradujo en la prision los *Salmos*, á cuya frente puso un excelente *Discurso* sobre el espíritu de los Libros Santos : alentado de su fe no temió dar á su conversion la publicidad que exigen los escándalos que habia causado ; y arrojando á un tiempo los sarcasmos de los revolucionarios y de los filósofos, se le vió en sus lecciones públicas hacer una clara y honrosa retractacion de todos sus errores. Entonces publicó su *Curso de literatura antigua y moderna*, que habia empezado el 1786, el que le mereció, y con razon el título de *Quintiliano francés*. Unióse por el mismo tiempo con MM. de Fontanes y de Vauxcelles para redactar el *Memorial*, periódico en donde atacó sin descanso la dominacion del Directorio, y procuró atraer á las buenas costumbres y sanas doctrinas al pueblo, á quien las malas lecturas habian arrastrado á tantos desórdenes y excesos. Su franqueza, y sobre todo el escrito que dió á luz bajo el título de *El Fanatismo de la lengua revolucionaria*, lleno de una energía incomparable, le hizo comprender entre los proscritos del 18 *Fructidor*, y se vió obligado, á ocultarse en las cercanias de París. Sus escritos y discursos

hubiese una religion puramente natural¹; á menos que no se entienda por Religion cuatro frases bien dichas, ó que las dudas son una Religion, y que sea Religion tambien el *ateismo disimulado*.

Ahora pues, un sistema en que todo entra, todo se admite, hasta el ateismo, ¿qué otra base puede tener sino una indiferencia la mas absoluta por la verdad? Tal es la esencia del deísmo, así como la exclusion de toda revelacion es su carácter distintivo. Le refutaremos pues, probando la necesidad, y la existencia de una Religion revelada.

Pero antes de concluir esta materia, permítaseme añadir á las consideraciones que se acaban de leer una última observacion. ¿Quién lo creeria? ¿Quién se podria imaginar que el deísmo fundado única y puramente en el raciocinio habia de conducir á la razon á negarse á sí misma! Sin duda que la filosofia orgullosa en su misma

contra el partido filosófico, le atrajeron una orden de Bonaparte que le desterraba veinte y cinco leguas de la capital; pero al fin obtuvo permanecer en Corbeil, y despues debilitándose su salud se le permitió volver á París. Desde este momento se vieron en él los efectos de una resignacion cristiana : ocupado únicamente en ejercicios de piedad, trató solo de prepararse para parecer delante del tribunal de Dios, y en estos santos sentimientos murió el 11 de febrero de 1803, á los sesenta y cuatro años de su edad. Además de las obras indicadas, y de otras de que no hemos hecho mencion, dejó varias inéditas, entre las euales se hallan unos *Fragmentos de la apologia de la Religion*, en la que además de la pureza y elegancia que son comunes á todas las suyas, se nota una uncion y una elevacion admirables bebidas en sus sentimientos religiosos y en la santa Escritura, que fué el objeto de sus meditaciones en los últimos años de su vida. ¿Qué gozo debió haber entre los ángeles de Dios sobre este pecador convertido á penitencia!

1 Véase su vida de *Voltaire*. En su *Plan de Educacion presentado á la Asamblea legislativa el 21 y 22 de Abril de 1791*, observando Condorcet que los filósofos ateistas no están mas acordes que los teólogos sobre la idea de Dios, y sus relaciones morales con los hombres, concluye que « la proscripcion debe extenderse hasta lo » que llaman Religion natural. » Conocia la imposibilidad de pararse ó detenerse en este medio vago, y para asegurar el triunfo de la filosofia sobre el Cristianismo, no veia otro medio que *proscribir tambien á Dios*.

bajeza, no ha sabido comprender en que consiste la verdadera grandeza de esta noble facultad, á la cual unas veces la hace inferior al instinto del bruto, y otras superior al mismo Dios. Hemos visto á Rousseau caer alternativamente en estos dos excesos, casi envidiar la suerte de las bestias, de *las cuales no juzgaba distinguirse sino por el triste privilegio de extraviarse y perderse de error en error, con el auxilio de un entendimiento sin regla, y de una razon sin principio*; y querer que esta misma razon sin apoyo alguno, ni mas guia, ni mas enseñanza extrínseca, sea el árbitro exclusivo de la fe, decidiendo por sí sola de los mas elevados dogmas. ¿Y qué otra cosa es tomar á nuestro entendimiento por única regla de creencia, repeler desdeñosamente las verdades que él no haya descubierto inmediatamente, negar á Dios el derecho de revelarnos por otro medio algunos de los arcanos de su Ser; ¿qué otra cosa es, repito, sino encadenar su sabiduría y omnipotencia, someterle á las leyes que se nos antoje dictarle; y sujetar la razon eterna á nuestra débil razon? ¿Delirio extraño! ¿Quién somos nosotros para prescribir altaneramente á Dios un modo de obrar, del cual no pueda ni tenga accion, ni libertad de separarse? ¿quién somos nosotros para osar, y atrevernos á decirle: hé ahí el medio único que te permitimos emplear para ilustrarnos? ¿Mas si este medio es insuficiente; si como conviene el mismo filósofo, nuestra razon *sin principio* no es buena sino *para extraviarnos de unos errores en otros*, ¿será necesario de toda necesidad, ó perdernos y extraviarnos escuchándola, ó imponerla silencio, y consumirnos eternamente en una ignorancia irremediable, y en las espesas tinieblas de una voluntaria imbecilidad? Tal es, en conclusion, la única eleccion que dejais al hombre; y la verdad para él no es mas que un enigma insoluble, una quimera, una ilusion.

¿Y quién lo duda, responde Rousseau? ¿he dicho yo por ventura que el hombre hubiese nacido, ni fuese formado para conocer la verdad? ¿qué él puede descubrirla, ni que debe buscarla? No, en manere alguna; comprended mas bien mi doctrina, y acordaos que á mis ojos *el hombre*

*que piensa es un animal depravado*¹ El uso mejor de la razon es aprender á no hacer uso alguno de ella: ella misma nos advierte que sofoquemos su voz engañosa, y aniquilemos, en cuanto esté de nuestra parte, la facultad que concibe y juzga, y extingamos con el mas escrupuloso cuidado todas las luces del entendimiento, « Su- » puesto que cuanto mas saben los hombres, mas se en- » gañan, el único medio de evitar el error es la ignorancia. » No juguéis, y nunca os engañaeris. Esta es la leccion » que da la naturaleza igualmente que la razon². »

¿Y era necesario racionar tanto, y tanto discurrir para venir por ultimo á darnos este consejo? Comparad ahora métodos con métodos, doctrinas con doctrinas. El Christianismo promulgando con autoridad, y sin vacilar un punto las verdades necesarias al hombre, no exige de él que las conciba plenamente, porque el hombre nada concibe de este modo; pero quiere que los motivos de su fe sean evidentes á la razon, *rationabile obsequium vestrum*³. La fisoofia temblando propone dudas, á estas opone al momento otras, y desesperanzada de poder conocer lo cierto, para evitar el error que la amenaza y estrecha por todas partes, renuncia á la verdad, y proclama solemnemente este axioma, que encierra en compendio toda la sabiduría humana: *La leccion de la razon* es destruirse á sí misma; y no pensar, no juzgar, ignorarlo todo, la perfeccion del ser racional.

La pluma se me cae de las manos ¿Qué he de decir á unos hombres que han llegado á este extremo? El escepticismo absoluto es una doctrina sensata en comparacion de estos delirios. ¿Cómo! ¿Dios nos ha dado el conocimiento para que nos sirva de lazo; y el pensar es errar casi infaliblemente? En fin, hé aqui lo que la filosofia promete á los que se empeñan en seguirla; el error, y nada mas que el error. Hemos visto, y pienso que con bastante claridad, que en este punto se la puede creer. El Christianismo por el contrario, promete con no menos seguridad y certidumbre la verdad. ¿Habrá acaso

¹ *Discours sur l'origine et les fondemens de l'inégalité parmi les hommes.*

² *Emile*, t. 2, p. 156. — ³ *Epist. ad Rom.* xii, 1.

tanto riesgo en escucharle? Si por un imposible nos engañase ¿que habremos perdido? Algunas de esas horas, cuyo peso frecuentemente nos fatiga, ¿Y no nos quedaria siempre sobrado tiempo que consagrar al cuidado sublime de extinguir en nosotros las luces de la razon, y y elevarnos á la ignorancia, á la sabia estupidez de los brutos?

CAPÍTULO VI.

Consideraciones sobre el tercer sistema de indiferencia, ó sobre la doctrina de los que admiten una religion revelada, pero de tal manera, que quede libertad para desechar las verdades que enseña, á excepcion de algunos artículos fundamentales.

Algunos filósofos formados en la escuela del protestantismo y criados con su doctrina, á fuerza de meditar, ahondar y profundizar en un solo error, se vieron conducidos á negar todas las verdades religiosas, morales y políticas. Precisados por un encadenamiento de consecuencias inevitables á desechar una primera causa inteligente, explicaron el orden por el acaso, el universo por el caos, la sociedad por la anarquía, los deberes y obligaciones por la fuerza, el pensamiento mismo por la extension animada de un movimiento ciego. Sin embargo, dos hechos los embarazaban. En todas partes, y en todos tiempos veian que el hombre tenia idea de Dios, y le ha dado culto público; que en todas partes y en todos tiempos ha reconocido distincion esencial entre lo bueno y lo malo, lo justo é injusto; y á pesar de los diversos engaños y equivocaciones que suele haber en la estimacion y aprecio de las acciones libres, consideradas como punibles ó virtuosas, jamás pueblo alguno ha confundido las nociones opuestas del vicio y de la virtud. Estas nociones inmutables, junto con los sentimientos y obligaciones que se derivan de ellas, son la base de toda sociedad, así como la existencia de un Ser Eterno, remunerador

y justiciero es el único fundamento de estas nociones. ¿Qué hicieron pues nuestros filósofos para conciliar su sistema con la conciencia del género humano? Convinieron en la necesidad de la Religion, y de esta misma necesidad concluyeron que la Religion no era mas que una institucion política; dijeron: para que los hombres renuncien á su independencia natural, y acepten el yugo de las leyes, es necesario hacerles creer hay sobre ellos un poder infinito que les impone este yugo pesado, y que algun dia reparará con una rigurosa equidad las injusticias de los poderosos del mundo, y aun las sinrazones de la fortuna: sin esta creencia, no puede haber sociedad; los legisladores lo advirtieron, é inventaron á Dios. Aun mas: no hay, ni puede haber sociedad sin deberes mutuos y obligaciones reciprocas, de las cuales resulte una concurrencia general de voluntades al mantenimiento y conservacion del orden, y el sacrificio de los intereses particulares al interés comun de todos: advirtieronlo tambien los legisladores, é inventaron la moral. Tal es la doctrina de los indiferentistas ateos.

Los deistas, convencidos de los absurdos que ella encierra, y de las funestas consecuencias á que arrastra, armados con argumentos irresistibles, demuestran hasta la evidencia su extravagancia y peligro. Enhorabuena, dicen á sus adversarios, deséchense todas las Religiones positivas; por ahora os lo concedemos, porque aun cuando alguna de ellas fuera verdadera, nosotros no tendríamos medios para discernirla. Pero negar la existencia de Dios, una vida futura, la diferencia esencial de lo bueno y lo malo, es cegarse voluntariamente, es autorizar todos los delitos, es trastonar la sociedad por sus cimientos. Escuchad la voz interior, y ella os dira que hay una Religion verdadera, necesaria; Religion que descansa y se apoya en sola la razon, y que nosotros llamamos *natural* porque la naturaleza la enseña á todos los hombres, cuyo juicio no ha pervertido la pasion. Así hablan los deistas; pero cuando se llega á examinar de cerca su sistema, no se encuentra en él mas que inconsecuencia y contradiccion. La naturaleza tiene para cada uno de ellos distinto lenguaje: no se pueden convenir ni en símbolo, ni en culto alguno. Precisados á concedérselo to-